

DOMINGO PRIMERO DE CUARENTENA

EVANGELIO DE S. MATEO

... para que... el hombre... Dios... el hijo de Dios... los ángeles... la Iglesia...

PLATICA XXIII.

Jesucristo resucitó al tercero día de entre los muertos, subió á los cielos, se sentó á la diestra de Dios Padre, y desde allí vendrá al fin del mundo á juzgar vivos y muertos.

Hunc Jesum resuscitavit Deus, cujus omnes nos testes sumus. Decetera igitur Dei exaltatus.... et Dominum eum et Christum fecit Deus, hunc Jesum quem vos crucifixistis. Este Jesus es á quien Dios ha resucitado; de lo que todos nosotros somos testigos. Elevado pues al cielo, sentado allí á la diestra de Dios.... Dios ha constituido Señor y Cristo á este mismo Jesus, al cual vosotros, ó judíos, habeis crucificado. Hechos de los Apóstoles cap. 2, vv. XXXII, XXXIII, y XXXVI.

Angelis suis mandavit de te: ut custodiant te in omnibus vis tuis. In manibus portabunt te: ne forte offendas ad lapidem pedem tulum. El Altísimo mandó á sus ángeles que cuidasen de tí: los cuales te guardarán en cuantos pasos dieres. Te llevarán en las palmas de sus manos; no sea que tropiece el pie en alguna piedra. Salmo 90, vv. XI y XII, y San Mat., cap. 4, v. VI.

LA Iglesia nuestra Madre nos manda creer que Jesucristo Redentor nuestro resucitó al tercero día de entre los muertos, que á los cuarenta días de resucitado subió á los cielos, que se sentó á la diestra de Dios Padre, y que desde allí vendrá al fin del mundo á juzgar vivos y muertos. Y de tal modo quiere que todo esto creamos, que al que tal no crea le escluye de su comunión, y abandonado de ella y de Dios, su eterna condenacion es inevitable. Sí, inevitable, porque á quien la Iglesia católica reprueba, Dios condena y no puede menos de condenar, por cuanto la Iglesia manda que se crea lo que Dios la ha revelado para que á sus hijos se lo proponga como artículos de fé. Por consiguiente, quien á la Iglesia resiste, resiste á Dios; quien á la Iglesia católica no cree, á Dios no cree; y quien á Dios no cree, ¿qué merece? las penas eternas. He aquí porque os digo que es inevitable la condenacion del que no creyera que Jesucristo murió, resucitó, subió á los cielos, que está sentado

á la diestra de Dios Padre, y que de allí vendrá á juzgar vivos y muertos. Nada mas justo, nada mas razonable que hacer á Dios el obsequio de nuestro entendimiento siquiera nada comprendamos de cuanto nos dice, pero para creer que Jesucristo murió, resucitó y demas que os he indicado, es tan poco lo que tenemos que poner de nuestra parte, que mas bien tendrá que hacerse violencia y renunciar á todas las luces del buen sentido el que así no lo creyera. Está tan comprobado, son tantos los hechos públicos que lo confirman, que sola una obstinacion y perversidad como las de los judios podrán causar una ceguera y sordera tal, que de dia claro no se vea, ni se oiga al cielo tronante. Sin mas que recordar como estaba el mundo al nacimiento y muerte de Jesus, y cotejar aquellos tiempos con los que corremos, se hallará una prueba convincentísima de la verdad de los enunciados hechos, si se tiene en cuenta la causa que ha motivado esta tan grande transformacion, no de un reino ni de dos, sino del mundo entero.

Referir todas las pruebas que los cristianos tenemos para evidenciar que nuestro amabilísimo Jesus resucitó por su propia virtud, así como tambien que subió á los cielos, y será él quien al fin del mundo á todos juzgará; referir, digo todas las pruebas de esto, es absolutamente imposible. Bien que, ¿qué falta hace referirlas todas? Con indicar algunas, que sean bastantes á confundir al impío, y fortificar en la fe á los que algo dudaran, proporcionándoles por este medio alguna salida y luz á la vez para que puedan ver el lastimoso estado en que se hallan (porque el que duda en cosas de fé, ya es herege y no tiene parte en la Iglesia de Dios), no es necesario mas. Pues así lo voy á hacer. Sí, mis amados. Os presentaré pruebas inequívocas de la verdad de los hechos que en el principio os indiqué y la Iglesia nuestra Madre nos manda creer. Y las presento, no porque me persuada que necesitais de ellas para creer estas cosas, creyéndolas ya como las creis, sino para que ameis mas y mas á Jesucristo nuestro Redentor que tanto nos ama y es tan poderoso, y á la vez os compadezcáis de nuestros hermanos extraviados que no participan, que no quieren ser herederos de los ricos y abundantísimos bienes que Jesus nos ganó; prefiriendo ser esclavos del demonio. Sí, compadezcámonos de ellos, y roguemos por ellos, para que arrepentidos formen un cuerpo con nosotros, que sean como nosotros, miembros vivos de la Santa Iglesia Católica teniendo, como nosotros, por cabeza á Jesucristo que resucitó por su propia virtud y crean lo demas que ya he indicado os voy á demostrar. Continúad atentos.

Es tan fuera de duda, católicos, que Jesucristo resucitó, que no temo decir con S. Pablo, que si así no fuera, nuestra fe era vana, Jesucristo un impostor, los Apóstoles unos testigos falsos, falsas las profecías del antiguo y nuevo testamento; y nosotros, los predicadores del Evangelio, unos embaucadores dignos del mayor castigo; pero al contrario, si Jesucristo resucitó, nuestra fé es cierta, la doctrina del Evangelio es divina, nuestra predicacion lo mismo que la de los Apóstoles, viene del cielo, y las profecías del antiguo y nuevo testamento ciertísimas son y solo de Dios pudieron ser inspiradas. Hé aquí como se esplica S. Pablo en la carta primera á los corintios (1) quiero, dice, hermanos míos, renovaros la memoria del Evangelio que os he predicado.... En primer lugar os he enseñado lo mismo que yo aprendí del Señor, es á saber, que Cristo murió por nuestros pecados, conforme á las Escrituras: y que fué sepultado, y que resucitó al tercer dia, segun estaba predicho en las mismas Escrituras; y que se apareció á Cefas ó Pedro, y despues á los once Apóstoles. Posteriormente se dejó ver, en una sola vez, de mas de quinientos hermanos juntos; de los cuales aunque han muerto algunos, la mayor parte vive todavía. Se apareció tambien á Santiago, y despues á todos los Apóstoles. Finalmente, despues de todos se me apareció tambien á mí, caminando á Damasco, que vengo á ser como un abortivo: siendo, como soy, el menor de los Apóstoles, que ni merezco ser llamado Apóstol, pues que perseguí la Iglesia de Dios.... Así que tanto ellos como yo, todos predicamos una misma cosa.... Ahora bien, si se predica á Cristo como resucitado de entre los muertos, ¿cómo es que algunos de vosotros andan diciendo que no hay resurreccion de muertos? Pues yo os digo que si no hay resurreccion de muertos, tampoco ha resucitado Cristo. Diré mas, si Cristo no ha resucitado, vana es nuestra predicacion, y vana es tambien vuestra fé.... Nosotros somos en este caso convencidos de testigos falsos por cuanto hemos testificado contra Dios, diciendo que Cristo ha resucitado, no siendo verdad. Porque si los muertos no resucitan, prueba inequívoca es, que tampoco Cristo resucitó.... Por consiguiente, aun los que murieron, creyendo en Cristo, son perdidos sin remedio.... y nosotros somos los mas desdichados del mundo, pues queda frustrada la esperanza de la otra vida, por la cual nos mortificamos y padecemos ahora.

Empero, Cristo, hermanos míos, ha resucitado de entre los muertos, y ha venido á ser como las primicias de los difuntos. Porque así como por un hombre vino la muerte al mundo: por un hombre debe venir

(1) Cap. 15, v. I, III, y sigs.

también la resurreccion de los muertos. Y así como en Adán mueren todos: así en Cristo todos serán vivificados, porque él es la cabeza (1) del cuerpo de la Iglesia, y el principio de la resurreccion, el primero á renacer de entre los muertos, para que en todo tenga él la primacia. Así, cristianos, ostenta S. Pablo la conviccion en que está, no solo de la resurreccion de Jesus, sino de que esta misma resurreccion es el fundamento de la única religion verdadera. Mas no es solo S. Pablo quien así siente, son todos los Apóstoles, son todos los cristianos, es todo el mundo: y todo el mundo para así sentirlo, para así creerlo, tiene fundamentos tan sólidos, como lo son en los que descansa ó se apoya la existencia de Dios. Al decir esto, señores, bien sé que se dan hombres que quieren desconocer la divinidad de Jesus Redentor nuestro, pero los que así proceden, se asemejan á los que dicen: «No hay Dios» y lo dicen, no porque desconozcan que Dios existe, sino porque quisieran que no existiera, para que no les juzgara y castigara sus maldades; pues así los que niegan que Jesucristo es Hijo de Dios, que murió, que resucitó y subió á los cielos: lo dicen, no porque no haya pruebas convincentísimas de estas verdades, sino porque desearan que no las hubiera; que Jesus no fuera quien es, para verse escusados de vivir con el arreglo que Jesus quiere que todos vivamos. Sí, mis amados, esta y no otra es la causa de negar muchos las verdades que el Evangelio contiene, y la Santa Iglesia nos manda creer con fé viva, esto es, que acreditemos con las obras que creemos lo que Dios ha revelado y ella nos enseña. Por lo demas, ¿quién hay tan necio, que no conozca que si cierto no fuera cuanto los Apóstoles predicaron, fuera absolutamente imposible la transformacion hecha por ellos en todo el mundo? Sí, en todo el mundo: porque todo el mundo con muy pocas escepciones era idólatra cuando los Apóstoles dieron principio á su predicacion, y nosotros mismos estamos viendo que todo el mundo con muy pocas escepciones ha dejado de ser idólatra por efecto de la predicacion Apóstolica. Que tal hiciera Mahoma en gran parte de la tierra, no hay para que estrañarlo, porque como todos sabemos, sobre halagar con sus doctrinas las pasiones del hombre, sus conquistas son debidas á las armas, á la violencia, á la muerte que daba y sus secuaces siguen dando á los que resisten ó se apartan de sus ridículas creencias. Al contrario los Apóstoles, unos hombres tímidos en el principio, rudos, sin instruccion de ninguna clase, destituidos de todo auxilio humano, que huyen de todo con que el mundo convida, que precian la reforma de costumbres, la maceracion de la carne, el desprecio

(1) *Id. Epist. ad colos., cap. 1, v. XVIII.*

y abnegacion de sí mismos; que anuncian lo que oyeron y vieron de Jesus, y que por término de su carrera ven los suplicios á que ellos mismos se ofrecen gustosísimos para dar testimonio de la verdad que publican... Todo esto, señores, ¿no es bastante por sí solo para llamar la atencion de todo hombre pensador? Sí por cierto. Pero no es esta la sola prueba que tenemos los cristianos para estar ciertos de las verdades Apóstolicas, hay otras muchas y entre ellas es la sencillez con que los Evangelistas refieren las cosas ya favorables, ya adversas que tienen relacion, á los discípulos de Jesus. Oid como cuenta S. Lucas (1) el hecho de la resurreccion. El primer dia de la semana, muy de mañana, fueron *las mujeres* al sepulcro, llevando los aromas que tenian preparados. Y encontraron apartada la piedra del sepulcro. Pero habiendo entrado dentro, no hallaron el cuerpo del Señor. Y quedando muy consternadas con este motivo, he aqui que se aparecieron de repente junto á ellas dos personajes con vestiduras resplandecientes. Y quedando llenas de espanto, y teniendo inclinado el rostro hácia la tierra, *los ángeles* las dijeron: ¿Para qué andais buscando entre los muertos al que está vivo? *Jesus* no está aquí, sino que resucitó. Acordaos de lo que os previno cuando estaba todavía en Galilea, diciendo: Conviene que el Hijo del hombre sea entregado en manos de hombres pecadores, y crucificado, y que al tercer dia resucite. Ellas en efecto se acordaron de las palabras de Jesus. Y volviendo del sepulcro, anunciaron todas estas cosas á los once *Apóstoles*, y á todos los demas.... Si bien estas nuevas las miraron ellos como un desvarío y no las creyeron.»

S. Mateo refiere este hecho tan notable del modo siguiente: «Avanzada ya la noche del sábado, al amanecer el primer dia de la semana, vino Maria Magdalena con la otra Maria á visitar el sepulcro. A este tiempo se sintió un gran terremoto; porque bajó del cielo un ángel del Señor, y llegándose *al sepulcro* removió la piedra, y se sentó sobre ella. Su semblante *brillaba* como el relámpago, y era su vestidura *blanca* como la nieve. De lo cual quedaron los guardas tan aterrados, que estaban como muertos. Mas el ángel, dirigiéndose á las mujeres, las dijo: vosotras no teneis que temer; que bien sé que venis en busca de Jesus que fué crucificado: pero no está aquí, porque ha resucitado, segun predijo. Venid, y mirad el lugar donde estaba sepultado el Señor.... Ellas salieron al instante del sepulcro con miedo y con gozo grande, y fueron corriendo á dar la nueva á los discípulos.... Mientras ellas iban, algunos de los guardas vinieron á la ciudad, y contaron á los príncipes de los sacer-

(1) *Cap. 24, v. 1 y sigs.*

dotes todo lo que habia pasado: Y congregados estos con los ancianos, teniendo consejo, dieron una gran cantidad de dinero á los soldados, con esta instruccion, habeis de decir: Estando nosotros durmiendo vinieron de noche sus discípulos y le hurtaron. Que si eso llegase á oídos del presidente, nosotros le aplacaremos y os sacaremos á paz y á salvo.» Hasta aquí S. Mateo. Lo mismo dicen y con igual sencillez los evangelistas San Marcos y S. Juan. ¿Y qué mucho que con tanta ingenuidad lo refieran, si el hecho es ciertísimo y evidentísimo? Los principes de los sacerdotes, lo mismo que los ancianos, tan interesados y solícitos para desfigurar la resurreccion del Señor, despues de un largo consejo, no acertaron á discurrir otra cosa, que dar mucho dinero á los soldados para que digeran que estando ellos dormidos vinieron los discípulos de Jesus y se llevaron el cuerpo. Y con efecto, así lo hicieron; por todas partes publicaban lo que les mandaron publicar, y nadie los castigó por el descuido, ni reconvencion alguna sufrieron, ni castigaron á los discípulos por el hurto supuesto, ni amenazaron siquiera á las mujeres que decian, que nadie le habia quitado sino que habia resucitado. Y tal era la obstinacion de los judíos, tanta era su maldad, tanto su ódio contra Jesus, que siendo como es tan ridícula, tan á todas luces falsa la asercion ó sea la disculpa de los soldados, la creyeron sin escrúpulo, y aun en el día de hoy la creen sus descendientes. Sí: están los judíos en la persuasion de que los guardas del sepulcro se durmieron, y que mientras dormian, los discípulos robaron el cuerpo; y quien esto afirma, son los mismos que estaban dormidos. ¿Pues dormidos, dice S. Agustin con la mayor gracia (1), como vieron lo que sucedia? Si dormidos estaban, nada pudieron ver: si nada vieron, de nada pudieron ser testigos. ¿Cómo pues, ó judíos, poneis por testigos de este hecho á hombres dormidos? ¿Qué decis infelices? Vosotros si que dormiais verdaderamente, al discurrir tal despropósito, y en vosotros se cumplió el dicho del profeta (2): Discurrieron mil invenciones para hacer el mal: y se cansaron de escudriñar ardides. Sí, cristianos, se cansaron los judíos de discurrir, y nada sólido pudieron inventar que empañára el brillo, el resplandor que despedia el sepulcro de Jesus. Ni ¿qué pudieran hacer los miserables contra el poder de Dios? Predicho estaba que el Verbo eterno se uniría á nuestra naturaleza humana, y se unió: predicho estaba que Jesucristo padeceria y moriria afrentosamente, y afrentosamente padeció y murió: predicho estaba que

(1) *In. Ps. 57, ním. 19 et in. 63, ním. 15.*

(2) *Salm. 63, v. VII.*

Jesucristo seria sepultado y que al tercer dia saldria del sepulcro victorioso, y sepultado fué y al tercer dia salió gloriosísimo venciendo á la muerte. Oigamos sobre esto al sabio señor de Mazo (1).

«Estaba, dice, el sagrado cadáver tendido en el sepulcro con aquella lastimosa figura que presentó muerto en la cruz; agujereados y rasgados sus pies y manos, abierto su sacratísimo costado, penetrada de espinas su divina cabeza, y todo cubierto de cardenales, de heridas y de sangre cuajada y ennegrecida. En tan lastimoso estado entra de repente en él su alma gloriosa, se une con él, le dá nueva vida, le glorifica y sale triunfante del sepulcro.... Resucitado Jesucristo y acompañado de las almas de los justos que habia sacado del limbo, se apareció á su querida Madre, en aquella misma figura y semblante venerable que tenia antes de su pasion y muerte, bien que conservando impresas las cicatrices de los pies, manos y costado.» ¡Qué entrevista esta, católicos! ¡Qué salutación la de tal Hijo á tal Madre; y qué contestacion la de tal Madre á su Hijo que era Dios y hombre verdadero! ¿Qué diria Jesus á María? ¿Qué Adán y Eva á aquella hija tan dichosa? ¿Qué el castísimo José á su Esposa tan amada? ¿Qué los demás santos al ver entonces á su reina? ¿Y qué los ángeles del cielo al contemplar tan feliz á la Emperatriz del mundo? Yo, cristianos, nada me atrevo á decir sobre esto, por no devilitar los sentimientos tan dulces como piadosos que vosotros mismos experimentaréis en vuestra alma.

Cuarenta dias permaneció Jesus sobre la tierra despues de resucitado, apareciéndose muchas veces á sus discípulos y hablándoles siempre del reino de Dios. Entre los mismos apóstoles hubo uno tan incrédulo que aseguró no creeria jamás que Jesus habia resucitado, mientras que él no le viese y metiera sus propios dedos por las aberturas que en sus manos y costado, le hicieron los clavos y la lanza. Juntos estaban los discípulos, y por miedo á los judíos tenian cerradas las puertas, cuando de nuevo y de improviso se les presentó Jesus saludándoles con «La paz sea con vosotros;» y dirigiéndose á Tomás que tan tardo estaba en creer lo que sus compañeros le habian dicho, le dijo (2): «Mete aquí tu dedo, y registra mis manos; y trae tu mano, y métela en mi costado; y no seas incrédulo, sino fiel. Tomás *asombrado y arrepentido* le dijo: ¡Señor mio y Dios mio! Entonces le dijo Jesus: ó Tomás, tú has creído porque me has visto: bienaventurados aquellos que sin haberme visto han creído. Otros muchos milagros hizo tambien Jesus, que no están escritos *en el Evangelio,*

(1) *Fol. 101.*

(2) *S. Juan, cap. 20, vv. XXVII, XXVIII y XXIX.*

porque si todo lo que Jesus hizo hubiera de escribirse, me parece, dice el mismo san Juan (1), que no cabrian en el mundo los libros que habrian de necesitarse.

Despues de esto, al contarse el día cuarenta de la resurreccion gloriosa del Señor, estando reunidos todos los discípulos en Jerusalem les dijo Jesus (2). «A mí se me ha dado todá potestad en el cielo y en la tierra. Id, pues, é instruid á todas las naciones en el camino de la salud, bautizándolas en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo: enseñándolas á observar todas las cosas que yo os he mandado. Y estad cierto que yo mismo estaré siempre con vosotros hasta la consumacion de los siglos. El que creyere (3) y se bautizare, se salvará; pero el que no creyere, será condenado. Comido que hubo Jesus delante de los discípulos (4), tomando las sobras se las dió, y en seguida les dijo. Ved ahí lo que os decia cuando estaba antes de morir con vosotros. Que era necesario que se cumpliese todo cuanto está escrito de mí en la ley de Moisés, y en los profetas y en los Salmos. Entonces mismo, el Señor les abrió el entendimiento para que los discípulos entendiesen las Escrituras.... y añadió. Yo voy á enviáros el Espíritu Santo que mi Padre os ha prometido por mi boca: entretanto permaneced juntos en la ciudad. Despues los sacó afuera, camino de Betania y llegados que hubieron al monte Olivete ó de los olivos, reiterada la promesa de mandarles el Espíritu divino, levantando las manos, les echó su bendicion, y se fué elevando (5) á vista de ellos por los aires, hasta que una nube le encubrió á sus ojos. Y estando atentos á mirar como iba subiéndose al cielo, he aquí que aparecieron cerca de ellos dos personajes con vestiduras blancas, los cuales les digeron: ¿Varones de Galilea, porqué estais ahí parados, mirando al cielo? Este Jesus, que separandose de vosotros se ha subido al cielo, vendrá de la misma suerte que le acabais de ver subir allá. Con esto los discípulos se volvieron á Jerusalem llenos de gozo... y entrados en la ciudad se subieron á una habitacion alta, donde tenian morada Pedro y Juan, Santiago y Andres, Felipe y Tomas, Bartolomé y Mateo, Santiago hijo de Alfeo y Simon llamado el Celador, y Judas hermano de Santiago. Todos los cuales, animados de un mismo espíritu, perseveraban juntos en oracion con las mujeres piadosas y con Maria la madre de Jesus, y con los parientes del Señor.

(1) Cap. 21, v. XXV.

(2) S. Mat., cap. 28, vv. XVIII, XIX y XX.

(3) S. Marcos, cap. 16, v. XVI.

(4) S. Luc., cap. 24, vv. XLIII, XLV, XLIX y L.

(5) Hechos de los apóst., cap 1, vv. VIII, IX y siguientes.

Subió pues, Jesus al cielo acompañado de innumerables ángeles y de todos los justos que en el limbo habian estado, y se sentó á la diestra de su Padre celestial, esta es, en cuanto Dios es igual en un todo la potestad del Hijo á la del Padre, y en cuanto hombre fué exaltado en gloria, poder y gracia sobre todo principado (1) y potestad y virtud y dominacion, y sobre todo nombre por celebrado que sea.... Dios ha puesto todas las cosas bajo de los pies de él, y le ha constituido cabeza de toda la Iglesia, asi militante como triunfante, la cual es su cuerpo.

Sí, cristianos, se elevó Jesus para no dejarse ver mas sobre la tierra del modo que hasta entonces se le habia visto, pero no por eso hemos quedado huérfanos ni nos ha dejado solos, sino que está con nosotros y estará siempre. Ahora no le vemos con los ojos del cuerpo, pero sí le vemos con los ojos del alma, con los ojos de la fé, en el augustísimo Sacramento del Altar, y en la gracia y proteccion que á toda la Iglesia y á cada uno de los fieles dispensa. Alabemos pues, y amemos de todo corazon á nuestro misericordiosísimo Redentor por el medio que amoroso inventó para subirse al cielo, y no desampararnos en la tierra. Está en el cielo, y sentado á la diestra del Padre en el sentido que habeis oido, y nuestra Madre la Iglesia nos enseña, y de allí, al fin del mundo, vendrá á juzgar vivos y muertos, como tantos siglos hace está predicho. En el Salmo 109, vv. V y VI, se dice: «El Señor está á tu diestra.... Ejercerá su juicio en medio de las naciones; consumará su ruina, lo llenará todo de estragos, y estrellará contra el suelo las orgullosas testas de muchísimos.» En los Hechos de los apóstoles (2) corroborando esto mismo, dijo san Pedro: «Jesucristo nos mandó que predicásemos y testificásemos al pueblo, que él es el que está constituido de Dios por Juez de vivos y muertos.» Y san Pablo en las últimas encomiendas á Timoteo, le dice (3). Te conjuro delante de Dios, y de Jesucristo que ha de juzgar vivos y muertos al tiempo de su venida.... que prediques la palabra de Dios con toda fuerza y valentia, insiste con ocasion y sin ella: reprende, ruega, exhorta y no dejes de enseñar con toda paciencia. ¿Pero á qué citar testos de la Sagrada Escritura, si no hay quién con fundamento pueda dudar que Jesucristo vendrá al fin del mundo á juzgar vivos y muertos? He aquí lo que sobre esto dice el sabio señor de Mazo (4).» Es una verdad de fé que Jesucristo ha de volver al fin del mundo á juzgar los vivos

(1) S. Pablo, epist. á los efes., cap. 1, vv. XXI, XXII y XXIII.

(2) Cap. 10, v. XLII.

(3) Epist. segunda, á Tim., cap. 4, vv. I y II.

(4) Fol. 106.